

**ANNA SANMARTÍ, *La terra habitada*. España 2009.**

En la cultura en la que una o uno vive ocurren cosas que dan un vuelco al corazón y que, por eso, suelen ser llamadas históricas. En mi pequeña historia, me dio un vuelco de esos el ver el otro día la película de Anna Sanmartí *La tierra habitada*. De pronto, después de la primera media hora más o menos, la película me interpeló convocando un recuerdo de hace muchos años, un recuerdo que, en mi vida, se había quedado pendiente de interpretación, colgando suelto como un pequeño fantasma de esos que no se quieren marchar. El recuerdo es la escena de la película *Il Decameron*, de Pier Paolo Pasolini (1971) en el que un protagonista traicionado se cae en el pozo negro y nada unas brazadas sumergido en mierda.

*La tierra habitada* deja atrás el mundo en el que esa escena decía algo significativo. En mí, ha conjurado el fantasma que me impedía decir en voz alta que el nadar en heces líquidas expresa una masculinidad que no me interesa nada: una masculinidad que no hace ya cultura porque se limita a gallear como puede en un negativo que no quiere ser redimido, que no quiere o no puede hacer simbólico. Es una película de una creadora muy joven, que empezó como trabajo de curso recreado y rehecho sucesivamente durante seis años, que son muchos años en una persona joven. Narra el viaje de Anna Sanmartí desde San Petersburgo hasta una tierras altas de Mongolia llamadas Ulan Bator, viaje que empieza en tren, sigue en automóvil y termina a caballo. En la *18 Mostra Internacional de Films de Dones de Barcelona*, que es donde la vi, ella la presentó como un viaje interior. Decir “viaje interior” es un tópico desgastado que, como ocurre a veces con los tópicos desgastados,

hace una revolución simbólica: una mujer mira al mundo con ojos libres y le sale un viaje interior que es una obra de arte. La narración está hecha toda ella con imágenes, sin apenas palabras y, cuando las hay, están en una lengua materna no subtitulada. Y, sin embargo, se entiende, porque su guión es una conexión espiritual. Para mí, esta conexión ha sido la fidelidad a los signos de Amor, signos que llenan y hasta desbordan la propia película. Los signos de Amor están grabados en cada criatura humana, grabados por la relación en la que ella o él aprendió de su madre el mundo al aprender a hablar. Por eso los reconoce cuando se los encuentra andando por el mundo, y siente con frecuencia ansia de ellos. En toda la película, el amor se trasluce, y se trasluce en un diálogo continuo con lo negativo, diálogo que estalla en las tierras altas y que impide la idealización. Pues la travesía que la película narra es dura o muy dura. La belleza, sin embargo –que es belleza del paisaje, de las criaturas y de las relaciones– se impone, e impone su contemplación.

En esta película hay algo que marca un cambio de época en el arte europeo, un cambio que ha ocurrido ya. Habla de mujeres y, a su propia manera, de hombres que han dejado atrás el pozo sombrío o negro en el que estaba atascada la modernidad postmoderna, y contemplan y admiran lo creado, sin culto y sin tontería.

María-Milagros Rivera Garretas